



Rafel Nadal

Cuando se borran
las palabras



Cuando se borran las palabras

Rafel
Nadal

Traducción de
Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1552

Título original: *Quan s'esborren les paraules*

© Rafel Nadal, 2021

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© por la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: noviembre de 2021

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

ISBN: 978-84-233-6041-3

Depósito legal: B. 15.416-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Al lado de la ventana

Mi madre miraba por la ventana, pero no sé lo que veía. Estaba en el comedor de la casa familiar de la plaza de Santa Lúcia como siempre, sentada en un sillón orejero, con las manos juntas sobre el regazo, la cabeza inclinada hacia la derecha, los labios cerrados y los ojos vidriosos mirando a saber qué más allá de la terraza y del campanario de Sant Pere. No tenía grandes complicaciones de salud y parecía estar en buena forma; en la buena forma física que se puede estar a los noventa y ocho años y pasándose todo el día entre el sillón y la silla de ruedas. Podía parecer que todo era como antes, como siempre, pero nada era igual. Se habían borrado las palabras. Todas. El diccionario entero.

Era muy desconcertante.

Al principio, hace cinco o seis años, se borraron las palabras difíciles, las más complicadas.

Después empezaron a desaparecer las normales, las sencillas.

El paso del tiempo barrió también las más cortas, incluso los monosílabos.

Hace ya cuatro años que no habla. Ni una palabra.

Los lingüistas dicen que las cosas no existen si no tienen nombre. Por eso, cuando las palabras se borraron, las cosas también dejaron de existir. Primero desaparecieron solamente algunos episodios puntuales de su vida. Después se desdibujó todo lo que había compartido con las cosas y con nosotros, que también perdimos el nombre.

De la noche a la mañana se borró su risa un poco asustada de un día radiante de verano en la antigua terraza de La Fosca, poco antes de la guerra, mientras sujetaba en la mano una langosta descomunal que había pescado el abuelo Pepitu, una langosta más larga que ella misma, tan grande que la cola llegaba al suelo y las antenas la sobrepasaban en altura.

Se borró el pánico de una noche de junio en que el abuelo, enfadado porque lloraba, la metió en la barquita auxiliar, minúscula e inestable, y la dejó más de dos horas atada a una boya, a merced de las olas, en medio del mar, enfrente de la bahía de Palamós: sola, encogida encima de una red, aterrorizada y con la mirada perdida en aquellas aguas oscurísimas, esperando que volviera su padre, que se

había ido mar adentro en la costa del cabo Gros a pescar con luces.

Se borró la bofetada que le sacudió el abuelo un día por empinar el porrón y fingir que bebía cuando aún no había cumplido los siete años y estaban comiendo en la playa después de coger mejillones en el Furió de cala Estreta.

Cuando hacía semanas que estaba sentada el día entero en el sillón orejero, al lado de la ventana, callaron los ladridos del perro Mastega, enorme como un san bernardo, que de pequeña la seguía a todas partes hasta que un camión cargado de chatarra lo aplastó enfrente del cuartel de la Guardia Civil, en la calle del Galligants de Gerona.

Se apagaron las chanzas sobre lo mal que se le daba al abuelo Pepitu despachar en la perfumería que ella y la baba¹ habían abierto en la calle Muntaner el año en que se trasladaron a vivir a Barcelona, cuando la guerra.

Se rasgó en mil pedazos ilegibles el carnet de la UGT que se había hecho el abuelo cuando lo convencieron de que dejara la perfumería y se colocó en el almacén de Schröder, un sueco amigo suyo que importaba madera en el puerto de Barcelona.

1. «Abuela» en el habla ampurdanesa y en la ciudad de Gerona. [En adelante, todas las notas son de la traductora.]

También desapareció el recuerdo de la claustrofobia que la paralizaba cada vez que bajaba al refugio con la baba Teresa aquellos tres días de marzo de 1938 en que la aviación italiana bombardeó ferozmente la capital de Cataluña y causó más de mil muertes entre la población civil.

Las noches al raso en las montañas del Rocacorba y los Àngels, cuando volvieron a Gerona y tenían que saltar todos los días de una orilla a la otra del río Ter por miedo a quedarse atrapados, a merced de la legendaria crueldad del general Lister, que dirigía la retirada de la Primera Brigada Mixta de la República hacia la frontera.

Aquellos cadáveres de soldados republicanos jovencísimos que murieron el último día de la guerra bajo el fuego de los fascistas italianos en la calle de la Rosa, justo detrás de casa, y que el abuelo Pepitu la obligó a mirar de uno en uno para que reconociera a los chicos asustados, pero todavía vivos, que dos tardes antes le habían echado piropos en el portal del monasterio de Sant Pere.

El titular «*Siete chicas de Gerona van a Barcelona a estudiar carrera universitaria*»² que publicó el periódico local *Los Sitios* en las páginas interiores para

2. Se señalan en cursiva, además de las preceptivas palabras y expresiones en otras lenguas, títulos de libro, etc., las que aparecen en castellano en el original.

dar la noticia y que causó un gran revuelo en la ciudad porque aquel año solo había dos chicos entre los nueve jóvenes gerundenses que iniciaban estudios universitarios.

El Premio Extraordinario de Licenciatura en Historia con el que culminó la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, y también la tesis doctoral sobre el condado de Ampurias, que dejó inacabada poco después de casarse.

Con el paso de los días, se quedaron enterrados en la playa de Castell los dedos de papá, su Manel, que le acariciaban la palma con pasión contenida cuando aún no eran novios formales y hacían manitas hundiendo las manos en la arena a escondidas de la familia y de los veraneantes del lugar.

Se acabó difuminando el olor de los eucaliptos cuando salía del brazo de papá, que estaba flaco como un fideo, el 10 de abril de 1947, el día de su boda en la capilla de La Fosca.

Se ahogaron los gritos desmesurados que lanzaba con voz femenina desde una gradería de hombres contra el árbitro que pitaba en el partido del Gerona contra el Barakaldo, en el antiguo estadio de Vista Alegre, un año en que el Gerona jugaba en segunda división.

Y se fundieron las pendientes nevadas de los bosques suizos por las que le gustaba deslizarse sentada en un plástico el invierno en que viajaron

a Ginebra para ir a visitar a Lluís, el hermano de papá, que trabajaba allí de arquitecto.

Poco después empezaron a diluirse las ramas familiares de papá y de mamá, sagas completas que solo ella sabía de memoria. Todo lo anterior a los abuelos se difuminó irreparablemente: el bisabuelo Esteve Farreras, la baba Jerònima Ventura, el bisabuelo Josep Forns, la baba Mercè Navarro, el bisabuelo Manel Nadal, la bisabuela Enriqueta Vilallonga, el bisabuelo Francisco Oller, la bisabuela Joana Viader. Desde entonces resultó inútil invocar estos nombres, se convirtieron en fantasmas sin nadie que se acordara de ellos para darles nueva vida.

También se desdibujaron personajes que siempre habían sido familiares y otros más imprecisos perdieron sin remedio los contornos que nos los habían hecho tan cercanos: Estevenet, el hermano cojo del abuelo Pepitu; el padre Fernando, el hermano buenazo de la baba Teresa; Josep Gros, el encargado del almacén, que vivía en el piso de al lado en Santa Llúcia; Lolita, la inseparable prima mayor de Barcelona; el bisabuelo Genís, que había llegado a Gerona siguiendo la construcción de la vía del tren y decidió quedarse.

De repente fue como si Lola del Pont, Juanita y Maria las de l'Escala, Quima la de la casa Quima, Paco el de Perpiñán, Butxaca el de Tremp, Nac el

pescador, Catalina la maestra y Modesta —que me quedo sin saber lo que hacía— no hubieran existido. Nombres de personas (algunas ni las conocíamos ni las habíamos visto nunca) que eran como de la familia porque oíamos hablar de ellas al anocheecer, cuando cenábamos en la mesa de la cocina y nos llegaban las conversaciones de los mayores, que estaban en el comedor. Nos habíamos imaginado historias estupendas de todas ellas, llenas de aventuras emocionantes, agrandadas por la predisposición infantil. Pues se nos escaparon de las manos.

Un día, la niebla que oscurecía la memoria de mi madre empezó a borrar mis cosas, mis recuerdos, los que alimentaba ella, los que había vivido solo ella y había mantenido vivos para mí. Los recuerdos de mis primeros años cuando yo todavía no tenía conciencia ni memoria. Los recuerdos que había llegado a hacer míos como si hubiera vivido la vida de mis antepasados.

Se borraron los primeros instantes de mi vida, la mañana de un 2 de octubre en que mi madre daba una de las primeras clases de historia del curso 1954-1955 a las chicas de sexto de bachillerato de las Carmelitas. Al notar las contracciones se fue sola a casa para meterse en la cama, como solía hacer cuando llegaba el momento de dar a luz. Solo

se detuvo a la entrada de Santa Llúcia para pedir a la baba Teresa que llamara a papá al almacén:

—Mamá, dile a mi marido que venga ya, que esto va de prisa.

De un día para otro se borraron los huevos batidos con azúcar y las tortillas de harina que cenábamos en la mesa de la cocina; la piedra pómez con la que nos restregaba las rodillas en la bañera de los abuelos; la vela del abuelo Pepitu, acostado en la cama, y el beso que le di en la mejilla, que estaba muy fría, porque hacía un buen rato que se había muerto. La misa de los domingos en la iglesia de Sant Feliu, cuando ocupábamos dos bancos entre todos, en las dos primeras filas; el rosario junto a la chimenea, que siempre se terminaba con invocaciones a los familiares muertos y a los enfermos que sufrían; el ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes solo ni de noche ni de día, arrodillados al pie de la cama; su forma enérgica de recoger la colcha por debajo del colchón para que no nos destapáramos en toda la noche; la luz del pasillo, encendida hasta que subían los mayores a dormir. Y las voces que se acercaban de habitación en habitación al pasar con la baba o con la chica, que ayudaba a ventilar y a hacer las camas, al día siguiente por la mañana.

Después se desdibujó mi primera foto, una foto de las de antes, con el borde troquelado, minúscu-

la, en brazos de mi madrina. Mi madre decía que me la habían hecho en Port de la Selva.

Desapareció la vergüenza que me daban las medias de una chica de los Estrac —me parece que de la mayor, Maria Teresa—, que me tuve que poner para la representación de *Mambrú se fue a la guerra* en el Teatro Municipal de Gerona, cuando estudiaba en las Escolapias, que era un colegio dirigido por monjas.

Se desvanecieron las cajas con tapadera de cristal alineadas en el mostrador de las tiendas de alimentación, llenas de galletas y pasteles; se me hacía la boca agua, sobre todo con los de bizcocho y mantequilla, enrollados y rebozados en azúcar. Mi madre nunca nos los compraba porque le parecían un capricho.

Los bollitos de Viena de la panadería de la plaza de Sant Pere que íbamos a comprar en cuanto salían del horno, fragantes y calientes, el día que le llevábamos periódicos viejos y cascos de botellas al trapero y los mayores nos dejaban quedarnos con el dinero.

Mi primer chocolate con nata una tarde en la granja Mora.

Y también las partidas de *bridge* de los jueves, que evitábamos siempre que podíamos porque no soportábamos el besuqueo perfumado de lápiz de labios de las amigas de mi madre.

La vergüenza de dejar a deber en todas las tiendas del centro —«Dice mi madre que ya se lo pagará»— cuando empezaban a prosperar la serrería y el almacén de madera, pero todavía no rendían lo suficiente para alimentar y vestir a una familia de doce hijos.

La vergüenza aún mayor de regatear en las mismas tiendas en las que dejábamos a deber —«Dice mi madre que lo apunte en la cuenta y que no se le olvide el diez por ciento de descuento»—, mirando al suelo por temor a que la respuesta fuera negativa.

Los textos incomprensibles y monótonos de las editoriales católicas que leía en voz alta en el coche, como una salmodia, de camino a casa de los abuelos en Cassà de la Selva, mientras yo, con la cara pegada al cristal, contaba los árboles de Navidad adornados con luces de colores que encontrábamos encendidos a lo largo del trayecto.

Cuando nos poníamos enfermos y nos llevaba tostadas con aceite y sal para desayunar y luego volvía para arreglarnos la habitación y sacudía las migas de pan, tan molestas, que se habían esparcido por la cama.

Hacía cuatro años que mamá no hablaba y yo no sabía cómo detener la hemorragia.

Invoqué a muchos dioses. Practiqué ritos antiquísimos.

Cerré puertas y balcones.

Cegué ventanas con tablones y planchas de hierro.

Levanté paredes.

Construí torres de vigilancia.

Cavé zanjas y fosos muy hondos.

Repasé convulsivamente álbumes de fotos; releí cartas que había leído ya mil veces; busqué excusas para ir a la casa familiar de Santa Lúcia donde los doce hermanos habíamos compartido una infancia feliz y también a la casa de veraneo de La Fosca y a la masía de Aiguaviva, donde despedíamos el verano; revolví entre objetos cotidianos; consulté libros viejos; olisqueé cortinas y cojines para no olvidar su olor; interrogué a amigos y conocidos; memoricé conversaciones antiguas; tomé notas compulsivamente; hice listas de recuerdos al estilo de Brainard y Péric y, de la mano de Annie Ernaux, me anticipé reviviendo imágenes que estaban a punto de desaparecer. Lo hice todo, todo, para que no se escapara ni un solo recuerdo más. Pero fue en balde.

Y ahora escribo estas páginas, desordenadas y dolientes como mi alma, con la ingenua esperanza de que, cada vez que las lea alguien, ponga en marcha las historias que cuento y dé nueva vida a sus protagonistas de uno en uno.

La libreta roja

Nunca nos habíamos preocupado por mamá. La verdad es que era ella la que se preocupaba por nosotros, la que siempre tenía una respuesta para nuestros problemas, sobre todo en cuestiones de salud. Pasaba sola sus dolencias, casi ni se las comunicaba a papá, y jamás nos imaginamos que pudiera pasarle algo, que pudiera enfermar. Ella se ocupaba de la asistencia médica de toda la familia y conocía nuestro estado de ánimo y nuestra condición física mejor que nosotros mismos. Tenía una libreta roja en la que tomaba nota de los accidentes que nos ocurrían, de las enfermedades que contraíamos, de las vacunas que nos ponían y de los tratamientos que nos recetaban a cada uno de sus doce hijos. En el apartado de accidentes, Pep, el segundo de los doce, no tenía rival:

Josep Maria (Pep), 24 de febrero de 1949. Rh A positivo, alérgico a la penicilina.

Enfermedades: varicela suave, septiembre 1951. Catarro, invierno 1951. Pus en la rodilla y granos en la cara, invierno 1952. Sarampión suave, mayo 1953. Paperas, enero 1954 (complicadas con meningitis benigna). Rubeola, enero 1955. Forúnculos, enero 1957. Gripe asiática, septiembre 1958. Fimosis, diciembre 1961. Diabetes (mayo 1969). Tuberculosis (invierno 1976).

Accidentes: se cae de cabeza, un punto atrás (septiembre 1953). Lo arrastra el tren de la feria de Sant Narcís, sin consecuencias (octubre 1953).

Piedra en la nariz, se la sacan con anestesia (noviembre 1953). Se pierde en la calle (noviembre 1953). Se clava un hierro de la moto (bautizo de Rafel, octubre 1954). Brazo roto (julio 1957). Brazo roto (marzo, 1958). Brazo roto (septiembre 1964).

En cuanto a enfermedades, todos teníamos una página de las mismas dimensiones, más o menos:

Rafel, 2 de octubre de 1954. Rh: A positivo.

Catarro, abril 1955; estreptomycin. Diarrea fuerte en La Fosca, julio 1955; terramicina. Conjuntivitis, agosto 1955. Sarampión, abril 1955. Gripe asiática, septiembre 1958. Paperas, mayo 1960. Anginas muy fuertes, febrero 1962. Fimosis, diciembre 1965. Hepatitis, octubre-noviembre 1968.

Vacunas: Varicela, marzo 1955, marzo 1961.

Poliomielitis, 26 abril, 26 mayo, 27 octubre 1958; enero 1961. Tétanos, catarro y difteria, 4 febrero 1963, 27 febrero 1963; 27 marzo 1963. Tétanos, recordatorio, diciembre 1964. Tuberculosis, febrero 1966. Tétanos, recordatorio, junio 1969.

Mi madre se sabía de memoria el teléfono y el horario de visita de todos los médicos especialistas de Gerona. En una familia tan numerosa, las incidencias eran continuas, así que, con el tiempo, llegó a frecuentar todas las consultas y a poder diagnosticar y medicar nuestras enfermedades tan bien como ellos. Tal vez por eso nunca nos preocupamos por su salud y su deterioro nos pilló tan por sorpresa; reaccionamos demasiado lentamente, tanto que su salud se apagó antes de que empezáramos a intervenir nosotros.

La enfermedad se nos vino encima como una pesadilla una mañana de domingo, hace unos cinco o seis años, cuando nos disponíamos a llevar a nuestros padres a misa de once a la iglesia del Mercadal. En el momento de subir al coche, mamá empezó a protestar: no quería ir.

—¡Eso no son más que memeces! —dijo de repente, muy enfadada.

—¿Qué memeces? —le pregunté sin entender a qué se refería.

—Lo que hacen en ese sitio al que queréis ir.

Mi padre y yo nos miramos con perplejidad, tanto por el dejo impertinente de aquella salida de tono como por la inmensa sorpresa de que se negara a cumplir con el precepto dominical. A saber cuándo se le había estropeado algo en un rincón del cerebro, pero aquel día lo vimos con tanta claridad que ya no pudimos pasarlo por alto. Si el tono desabrido de mi madre, que siempre había hecho de la sensatez una norma de conducta, era una novedad inquietante, la desconsideración para con la misa y el sacramento de la eucaristía resultaba directamente perturbadora. En casa, mamá representaba la ortodoxia religiosa. Siempre había sido así, toda la vida, sin dudas ni fisuras, durante más de setenta años.

Mi madre había dirigido siempre la vida intelectual de la familia. Era culta e inteligente, tenía una formación muy sólida, adquirida en el Institut Tècnic Eulàlia de Barcelona, donde estuvo interna desde los siete años hasta el final de la guerra, y después en la Universidad de Barcelona, donde se licenció en Historia. Además de catalán y castellano, hablaba y escribía francés y alemán con naturalidad y tenía nociones de árabe, porque lo había elegido en la universidad como lengua clásica para no tener que asistir a las clases de latín de un cate-

drático que pregonaba públicamente que las chicas tenían que quedarse en la cocina en vez de estudiar. De mayor aprendió inglés e italiano y los estudiaba con aplicación en la Escuela Oficial de Idiomas a sus más de setenta años.

Papá nunca le discutió su superioridad, aceptó espontáneamente su dominio en este campo. Él había dejado los estudios durante la guerra, que pasó en Reims, en la casa natal de su madre, la baba Angèle y, cuando volvió a Cassà de la Selva, no terminó el bachillerato.

Era mamá la que nos hacía estudiar, la que nos orientaba, la que nos ayudaba a repasar las lecciones en voz alta; la que procuraba que no nos saltásemos las clases, la que controlaba los deberes, nos aclaraba dudas metodológicas y nos obligaba a hacernos preguntas y a abordar las asignaturas que estudiábamos con sentido científico. Ella nos dio libros de Vicens Vives y de Santiago Sobrequés para leer y puso en marcha nuestras alertas contra el dogmatismo y la falta de solvencia académica de la historiografía oficial. Ella nos tuteló y nos ayudó a tomar decisiones. En verano nos obligaba a ir a clase de repaso de las asignaturas que no dominábamos aunque las hubiéramos aprobado, y nos mandaba al extranjero a practicar francés en los campamentos públicos franceses y, después, nos inició en el estudio del inglés. Y también fue ella la que nos animó a

estudiar el bachillerato de ciencias, porque le parecía que el de letras era demasiado fácil y que el rigor científico nos vendría bien cuando ahondáramos en los estudios de Humanidades que íbamos a elegir cuando entráramos en la universidad.

Era una mujer abierta para la época, y solía ser comprensiva con todo el mundo, pero también podía ponerse rigurosa e inflexible. Cuando se frotaba el puente de la nariz con el índice de la mano derecha quería decir que estaba enfadada de verdad, y entonces nos obligaba a cumplir los castigos que papá o ella habían decretado previamente sin tener en cuenta el arrepentimiento ni el perdón, porque, según su criterio, eso sería desvirtuar el efecto correctivo que se proponía. Su severidad era proverbial y desencadenaba en sus hijos rabietas memorables que no la ablandaban ni nos eximía a nosotros de cumplir inflexiblemente el escarmiento impuesto: ya fuera castigarnos sin postre o sin baño en la playa, ya fuera privarnos de un regalo de Reyes o de la sesión de cine de los sábados.

También era cosa suya la imposición de pautas morales y la enseñanza de los valores que compartía con papá: era ella la que nos los inculcaba. De pequeños teníamos que aprendernos el catecismo de memoria y procuraba que cumpliéramos todos los preceptos, pero le preocupaba más que fuéramos capaces de situar la frontera entre el bien y el

mal con naturalidad. El primer curso en el instituto, cuando ya habíamos empezado a rebelarnos, nos alertaba de los peligros de construirnos una vida basada exclusivamente en los intereses materiales y, aunque todavía nos obligaba a ir a misa, lo hacía con más distancia: nos preguntaba por la homilía o por el color de la casulla, detalles de los que nos enterábamos entrando y saliendo en la iglesia antes de ir a los bares a encontrarnos con la pandilla. Cuando empezamos la universidad hacía tiempo que nos había dado por perdidos y solo nos exigía respeto por sus creencias y las de papá. Cuando tuvimos hijos, intentó reconducirlos: les daba catequesis y fue feliz unos años, porque sus nietos la adoraban y fingían mucho interés por todo lo que les contaba. Cuando advirtió que, lejos de seguir sus enseñanzas, a algunos les producía pánico la simbología cristiana y la penumbra de las iglesias, se hizo a la idea de que era preferible juzgar a sus hijos y a sus nietos solo por la bondad de sus actos. Y así lo hizo, pero sin renunciar a sus creencias ni cambiar su disposición personal a cumplir ciegamente los dogmas y las directrices de la jerarquía católica.

En una época en la que a menudo la educación se imponía a bofetadas y era pródiga en castigos físicos, ella siempre recurrió solamente a la palabra. A veces era un lenguaje un poco anticuado, pero,

para compensar, solía ser preciso. No siempre nos reconvenía directamente, a menudo se sobreentendía lo que quería decir, pero cuando quería advertirnos de que algo no le parecía correcto, sabía encontrar las palabras justas. Utilizaba la palabra para discutir, para convencer, para corregir, para acordar. Empezaba el día hablando de las exigencias cotidianas de la vida cristiana mientras hacía las camas con Palma; con la palabra predicaba a sus nietos y nietas al ver que nosotros no teníamos intención de inculcarles la doctrina cristiana. Con la palabra daba las clases de Historia, los cursos de cristiandad y las conferencias a las madres que pedían ayuda para afrontar la adolescencia de unos hijos cada vez más complicados. Con las palabras imprescindibles daba clases de cocina, acompañada muchas veces de grandes cocineros de nuestras comarcas que se iniciaban en el camino del éxito internacional; y con palabras más desordenadas, repletas de sobreentendidos, resumía sus extraordinarias recetas caseras en libretas que encuadernó para todos nosotros y en libros de cocina que acabó publicando. Con la palabra escrita se comunicaba continuamente con amigos y familiares, con los que mantenía una correspondencia inacabable. Durante el noviazgo con mi padre, mientras él trabajaba en el almacén de madera del abuelo y ella estudiaba en Barcelona, se escribían casi a dia-

rio, como lo demuestra una caja con más de doscientas cartas larguísimas que está guardada en la estantería de los álbumes de fotos en la casa de Santa Lúcia. En 2004, intuyendo quizá la niebla que acabaría borrándole las palabras, nos grabó más de cinco horas de recuerdos familiares y reflexiones sobre los fundamentos éticos que inspiraron su vida. La palabra, oral o escrita, fue su herramienta de combate durante más de noventa años. Hasta que se le trabó la lengua y dejó de hablar. Y entonces ella se quedó desarmada y nosotros no supimos adaptarnos.

Todas las frases, las conversaciones, los discursos, los sermones y las insinuaciones sibilinas se le borraron prácticamente de la noche a la mañana y dieron paso a un silencio inquietante. Nos asustamos e intentamos prestar atención, a ver si todavía oíamos una voz, aunque fuera a lo lejos. Pero nada. Ni los sonidos del pasado. Ni el murmullo de las conversaciones de los mayores en el comedor, que escuchábamos desde la cocina mientras cenábamos. Ni la voz lejana de papá dirigiendo el rosario, que escuchábamos desde la cama, cuando, muertos de miedo, nos esforzábamos por no dormirnos hasta que subieran ellos a dormir. Ni el eco de la baba y de mamá, que contestaban las letanías con voz monótona pero clara. Ni el repique de campanas, ni los conciertos de las cigarras en verano, ni

los maullidos nocturnos de los gatos que nos alteraban porque parecían niños desamparados, ni los gritos de los borrachos que llamaban a la puerta de su casa, ni el chirrido intermitente de la sierra de Andreu, que tenía el taller en la calle de la Rosa, justo detrás de casa, ni el ruido metálico del tren al pasar por el puente de hierro del río Onyar. Se hizo un silencio sepulcral en el comedor de casa, en el casco antiguo de Gerona, en la ciudad entera. No se oía nada en todo el universo, ni una palabra inteligente, ni un quejido angustioso ni un grito desesperado. Solo ese silencio, esa ausencia perturbadora y radical.